

José M^a Valverde: «Subirachs», *El Correo de las Artes*, noviembre de 1959

Si quisiéramos encajar entre dos polos las variedades del arte actual, tendríamos que hacer esta contraposición: en un extremo, el proceso que parte de la forma de un objeto: guitarra, botella, mujer, etc., reelaborándolo en su tipo genérico y en sus caracteres individuales hasta lograr un nuevo objeto independiente vagamente reminiscente de la experiencia; en el otro extremo, el proceso inverso, que parte de una entrega a la pura materia visible y táctil hasta rastrear en ella unas líneas de sentido o unas secretas armonías formales que acaben incluso por recordarnos objetos del mundo humano, y así, por evocarnos significaciones y “argumentos”.

Pues bien, una vez establecido este esquema dialéctico, aparentemente tan inevitable y total, comprobaríamos con sorpresa que la escultura de Subirachs no responde a ninguno de estos dos extremos ni es tampoco una “vía media” equidistante entre ambos.

En efecto, ni cabe entender que esta escultura sea la búsqueda de una esencia destilada a partir de formas conocidas, ni mucho menos se puede pensar que el escultor se abandone al espontáneo azar de la materia hasta que, a fuerza de manosearla, empiece a dejársele ver alguna de sus posibilidades expresivas y significativas.

Subirachs impone a la materia sus «ideas» o «formas» —si no se toman estas palabras al pie de la letra de su tradición—, pero tales ideas no son ideas generales de un cierto «tipo» de cosas. La prueba de ello es que podemos prescindir del título aun cuando lo haya: se da por añadidura. ¿Qué son, entonces, estas «ideas» de Subirachs? No lo sé, y aquí reside para mí su poder: si creyéramos por un momento definir las como “ideas geométricas”, en seguida dejarían ver una expresividad fisonómica casi humana; si quisiéramos interpretarlas como símbolos expresionistas de conceptos o afectos, resultarían herméticas y lejanas, dejándonos sólo en las manos un duro esqueleto de formas pitagóricas. Seguramente, el mismo Subirachs sólo sabe que las ve: esas ideas son para él visiones, entre fantasmas y revelaciones, que dan sentido a toda materia escultórica, sin que quepa situar antes la visión o el material.

Ese tipo de visiones puede emparentarse lo mismo con la intuición matemática que con los símbolos religiosos: en un caso o en otro, el escultor ha empezado inmediatamente por intuir las como forma de sus materiales, alucinante ordenación de su mundo, previa a su voluntad y su inteligencia.

Pero no nos corresponde ahora justificar por qué Subirachs es uno de los escasísimos escultores de hoy capaces de trabajar en una iglesia —no “haciendo imágenes”, sino consustanciando los símbolos con las materias—: aquí asistimos a una demostración de su labor más entregada a sí misma, al juego de alucinaciones, superficies y materiales, aunque siempre sedienta de incorporación, al espacio habitado humano, para ser en él manadero de trascendencia y presagio profético en la entraña misma de lo mineral.